española del momento (*Clarín*, 1886), sus teorías serán frecuentemente aplicadas por estos novelistas, como ocurre con A. Sawa en *Crimen legal* (Paolini, 1984; Maristany, 1983; Lozano Marco, 1983) e incluso por aquellos que denuestran el determinismo ultrapiresaico, como Doña Emilia Pardo Bazán (Doménech Montagut, 2000); aunque una de sus mejores aplicaciones a la novela es, sin duda, esta de Vega Armentero, donde los lombrosianos Esquermo y Vera antes mencionados serán decisivos en el juicio que determine si Carlos es un enfermo, y por tanto su destino es el manicomio, o un delincuente al uso que merece la cárcel tras su crimen.

La locura como materia novelable ocupa la parte central de la Introducción que presenta esta novela (pp. 35-74), a la que acompaña también una prolija bibliografía al respecto y como apéndice tres cartas de Vega Armentero y la sentencia judicial condenatoria del Tribunal Supremo que hacen de esta edición un estudio riguroso y serio a la vez que muy cuidado en su aspecto externo. Sin duda, una interesante recuperación de este naturalista radical, que no bohemio, cuya extravagante vida parece superar los límites mismos de la ficción en esta novela, testimonio de lo que supuso la medicalización de las artes a finales del siglo XIX.

Consuelo Puebla
Univ. de Valladolid

José Zorrilla, *Memorias del tiempo mexicano*. México, Dirección General de Publicaciones, Conaculta, 1998. Ed. y prólogo de Pablo Mora. Notas de Silvia Salgado y Pablo Mora.

En este libro pulcramente editado se recogen las páginas que se centran en Méjico de los *Recuerdos del tiempo viejo* de Zorrilla. Es decir, los años que van de 1855 a 1866, lapso en el que el escritor vallisoletano se demoró en este país hispanoamericano. Poco es lo que conocemos de esos once años, salvo lo que nos narra en su libro de memorias citado o en *Flor de los recuerdos* (1855-1857), *México y los mexicanos* (1857) o *El drama del alma* (1867). Las relaciones de Zorrilla fueron, como se sabe, extremas, pues van del amor al odio. Todo ello motivado por el fusilamiento de Maximiliano, que había honrado al poeta con el nombramiento de director del teatro en Méjico, lector particular y al que se condecora con la Orden de Guadalupe. La reacción de Zorrilla ante este acontecimiento es *El drama del alma*, texto que provocará la ira de la crítica y del pueblo mejicanos, ofendidos por los excesos verbales contenidos en el libro. Por otro lado, la lle-

gada de nuestro escritor a aquellas tierras tampoco fue muy afortunada, gracias a unas quintillas de subido tono contra los mejicanos que se le achacaron y que en realidad habían sido compuestas por Bretón de los Herreros.

El excelente prólogo de Mora va a contextualizar toda la problemática en la que se ancla este importante fragmento de las memorias del vallisoletano, a la vez que explica el deambular de Zorrilla de Méjico a Cuba, en un momento delicado de las relaciones hipanoaztecas (1858), en compañía de elementos del grupo conservador que serán los que más tarde se echarán en brazos de Maximiliano, a la par que se convertirán en los valedores del escritor con éste. Como se señala en la introducción: “Zorrilla opta por moverse permanentemente dentro de una colonia española que luchaba por legitimarse a la luz de los conservadores mexicanos” (p. 27).

La escasa bibliografía sobre el tema, particularmente tratado en la monumental monografía de Narciso Alonso Cortés (*Zorrilla: su vida y sus obras*, Valladolid, Librería Santarén, 1943) y algunas pinceladas en las de algunos de sus biógrafos que nada añaden a apuntado por éste, ha sido enriquecida por J. Dowling (“The Poet and the Emperor. José Zorrilla in Maximilian’s México.” *Homage to Faye LaVerne Bumpass*. Ed. Roberto Bravo-Villarroel, Robert J. Morris, Harley D. Oberhelman and William T. Patterson. Lubbock: Texas Tech. University, Dept. of Classical & Romance Languages & Latin American Area Studies Program, 1981. 6-18; y “José Zorrilla en el Parnaso mexicano”, *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Frankfurt, Vervuert, 1989, pp. 527-331) y particularmente por la introducción de este libro y el artículo de Pablo Mora “México y los mexicanos: las estrategias de la crítica de Zorrilla” (en Jorge Ruedas de la Serna, ed., *Historiografía de la literatura mexicana*, México, UNAM, 1996) que amplifican el “drama de Zorrilla” frente a Méjico, mostrando el “ajuste de cuentas entre su drama y su leyenda” (p.30), la relación entre Maximiliano y el autor del *Tenorio*, y el difícil ambiente vivido por los peninsulares durante la crisis de la “deuda española”.

En suma, este libro es un rescate de la historiografía mejicana de una época convulsa y de un autor de indudable importancia en el país hispano, siendo por tanto un eslabón importante dentro de la recepción del vallisoletano. Las notas al texto son también muy precisas y clarificadoras.

Ricardo de la Fuente Ballesteros
Univ. de Valladolid